

Fe y comunidad: una perspectiva bíblica

Según la perspectiva bíblica, la fe es un acontecimiento comunitario. La condición individual o solipsista de la fe queda al margen de la opción por la comunidad. Ya en el libro del Génesis el estado del hombre está referido a un aspecto comunitario y relacional. En el mismo relato de la creación se

prescribe la necesidad del otro en cuanto posibilidad celebrativa de la relación con Dios. No es bueno que el hombre este solo (Cf. Gn 2, 18). Dios crea la mujer y de esta manera Adán tiene una compañera para vivir la experiencia de lo

divino materializada en la idea del paraíso. La tarea de poblar el mundo y de compartir el paraíso está pensada bajo la lógica de ser una sola carne en los términos de una unidad plena y significativa a los ojos de Dios. En este sentido el otro es *mi* posibilidad de identidad, reco-

nocimiento y encuentro con Dios.

El otro se convierte en signo de comunicación y comunidad ¿Dónde está tu hermano? (Cf. Gn 4, 9) no es sólo una pregunta por el reclamo frente al asesinato cometido. Es una pregunta dirigida a la preocupación explícita por el otro. ¿Acaso es mi obligación cuidar de él? (Cf. Gn 4, 9). La respuesta de Caín sólo tiene una respuesta desde la lógica divina. Si, el otro es mi obligación. La preocupación por el otro y la responsabilidad que se adquiere frente a él se hace explícita en la condición de pensarse bajo la lógica de la comunidad. En repetidas ocasiones los profetas rechazaron toda situación que atentara contra los hermanos porque sabían de las implicaciones comunitarias de la agresión (Cf. Is 59, 7; 3, 14; Am 1, 11; 4, 1; Ez 18, 12-13; Za 7, 10; Jr 22, 3; 22, 17). Por eso tanto el Antiguo Testamento como en Nuevo rechazan los sacrificios vacíos cuando estos se hacían en un sistema cultico refinado que descuidaba la protección de los hermanos. (Cf. Is 1, 11; Os 6, 6; 5, 21; Mi 6, 8; Mt 9, 13; 12, 7).

Las narraciones del Nuevo Testamento llevan esta realidad hasta el punto más alto al referirse a la vida de Jesús y su mensaje. En repetidas ocasiones Jesús invita y reclama la solicitud por el otro. No es posible una relación con Dios sin una relación con el hermano. "Por tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" (Mt 5, 23-24). Jesús comprendió la realidad divina en íntima relación con la realidad humana. Una experiencia de Dios no puede dejar por fuera a los hermanos. La fe en Dios implica directamente la preocupación por el otro. El amor a Dios es inseparable del amor a los hermanos. Jesús con su vida hace presente el amor y le da un nuevo contenido. Muchas de sus parábolas no definen ni hacen una consideración teórica sobre el amor, pero muestran su significado. La parábola conocida como el "Buen samaritano", por ejemplo, expresa la radicalidad y el sentido del amor predicado y vivido por Jesús.



Por
Bayron León Osorio Herrera
Doctor en Teología. UPB
Asesor de investigaciones
Católica del Norte



No por casualidad está vinculada al doble mandamiento del amor como resumen de la ley. Según Lucas un maestro de la ley interroga a Jesús sobre la vida eterna en el contexto de la ley (Cf. Lc 10, 25-25), y la respuesta está en el doble mandamiento que resume toda la ley y los profetas: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (Lc 10, 27). A la pregunta de quién es mi prójimo Jesús narra la parábola. El amor hacia el caído lo lleva a obrar en términos del amor, no por la ley o el cumplimiento de alguna norma.

Cualquier posibilidad en términos de una relación con Dios pasa por la realidad del amor hacia los hermanos. “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros; que, como yo os he amado, así os améis también vosotros. Todos conocerán que son mis discípulos en una cosa: en que os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13, 34-35)¹.

Juan pone de manifiesto la relación directa e ineludible entre el amor y el prójimo, como la condición real del amor a Dios. “Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, y a la vez odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y nosotros hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn 4, 20-21). El amor a Dios y al otro son inseparables. Y este hecho marcó la vida de Jesús. Para él no es posible amar a Dios sin una relación directa al amor a los hermanos, el amor de Dios en su vida no puede más que expresarse en el amor al prójimo. “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de

comer, o sediento y te dimos de beber?...Os aseguro que cuanto hiciste a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Cf. Mt 25, 37-40). El amor se convierte en el criterio para la valoración positiva o negativa de la vida. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios (Cf. DC 15). En definitiva para Jesús la realidad del amor es clara: el amor a Dios implica el amor al hermano, por eso su vida, marcada indeleblemente por el amor del Padre, está dirigida a amar sin medida a sus hermanos.

Esta experiencia del amor a los hermanos, del cuidado por el otro, es lo que en definitiva vincula una experiencia comunitaria. “Por lo tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios. Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios”. (EG 272).

El reino, la experiencia comunitaria por excelencia, no está al margen de esto. “La solicitud del hombre por sus semejantes es la forma visible en que se manifiesta la venida del reino de Dios; tal es el camino que recorre la soberanía de Dios. La conducta de Jesús no ofrece una realización teórica, sino práctica y proléptica del ‘mundo nuevo’, de una vida nueva digna del hombre... Por eso el mundo

mejor y distinto que se busca – sobre todo el reino de Dios en cuanto señorío o amor de Dios a la humanidad – no es algo vago e indeterminado: adquirió perfiles históricos en la vida de Jesús, que es, para quienes confían en él, no sólo *inspiración* e *impulso*, sino que, por su propio contenido, al margen del puro pragmatismo, ofrece una *orientación* muy precisa para la actuación del mundo”².

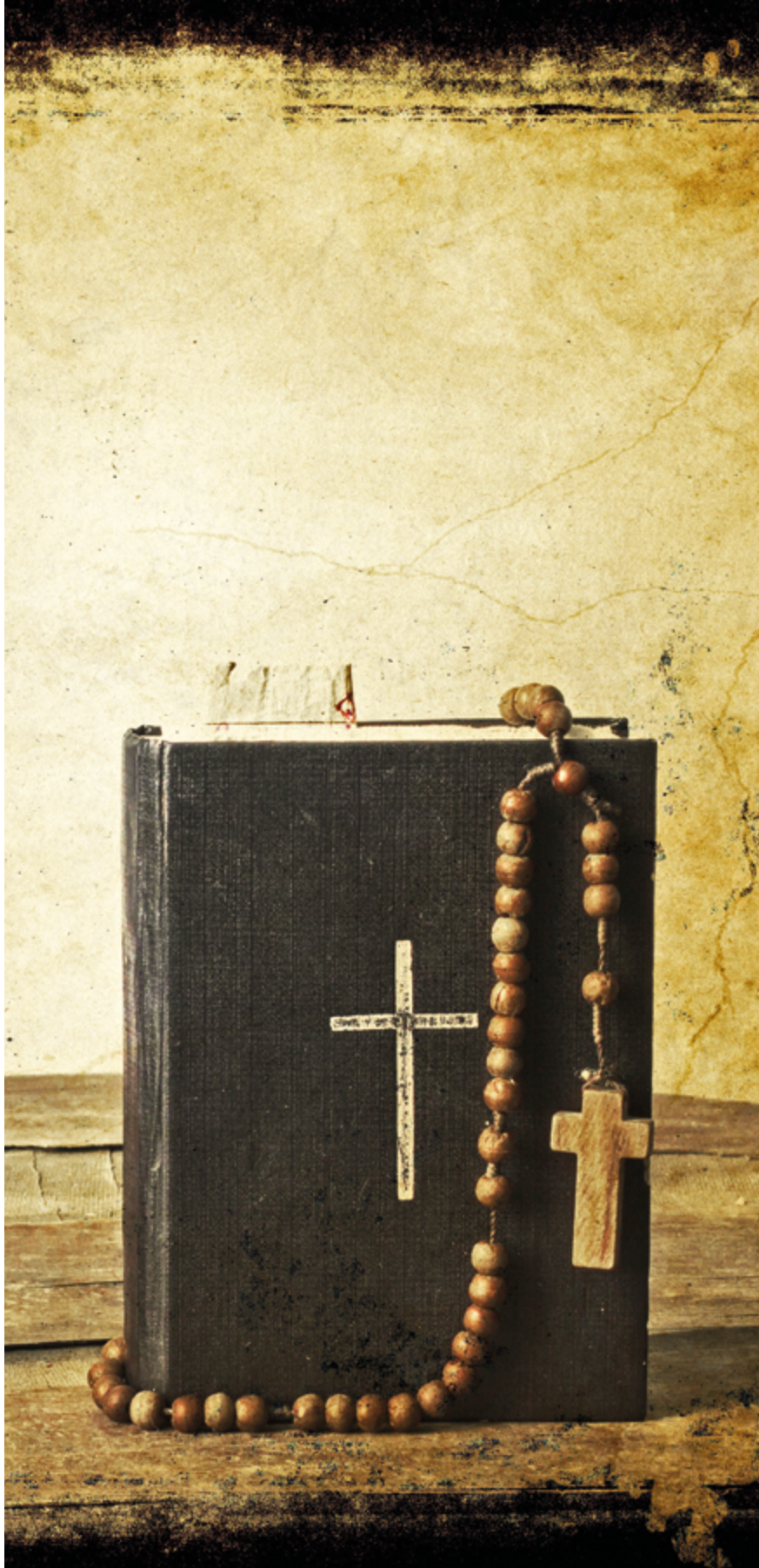
La manifestación del reinado se hace efectiva en la entrega por los hermanos; el reino hace presente en mí, cuando salgo al encuentro del otro (Cf. Lc 15, 20; 10, 33-35). Pero el reino es gratuidad pura, es un ofrecimiento y don permanente de Dios sin exigir nada. En esta situación es fácil ir tras la oveja perdida, para llevarla a la salvación (Cf. Lc 15, 3-6) y en busca de todos los enfermos (Cf. Mc 2,17), para procurarles la salud. Se puede perdonar, con un exceso de misericordia, las deudas (Cf. Mt 18, 23-25), a ejemplo de la acción misericordiosa de Dios, materializada en la misericordia de Jesús hacia los hombres como la condición para *entrar* en el reino, porque obrar de acuerdo con el reino de Dios se concreta, en definitiva, en la entrega misericordiosa al prójimo (Cf. Lc 10, 36-37).

La experiencia comunitaria de la fe, el Reino presente en nosotros, debe conducir a los hombres a una verdadera “experiencia mística”, encuentro gratuito con Dios donde se percibe toda la vida desde la Gracia que se da a los demás gratuitamente, para alcanzar así la verdadera libertad, y llevarnos a ser ofrenda inagotable para los otros, porque ser cristiano significa esencialmente pasar de ser para sí mismo a ser para los demás... La decisión básica cristiana – ser cristiano – supone

dejar de girar en torno a uno mismo, alrededor del propio yo, y unirse a la existencia de Jesucristo, consagrado al todo. Seguir a Jesús no tiene nada que ver con una devoción privada. Seguirlo supone del hombre dejar atrás la reclusión que lo encierra en sí mismo para seguir las huellas de Jesucristo y existir para los otros³.

No se puede seguir pensando en una realidad de la fe reducida a un sistema cultico frío y desencarnado del servicio al hermano. La verdad del cristianismo debe estar al lado de la capacidad de gastar toda la vida en función del otro. El cristianismo se convierte en el *Sacramentum* del amor. De un amor que sólo puede ser en la medida en que es gasto, exceso, entrega y don generoso en función de la vida de los otros. Lejos estamos de seguir pensando en esas *espiritualidades sospechosas* de quienes tienen la capacidad de elevar un canto muy sentido a Dios, pero son profundamente insolidarios con los hermanos. La fe vivida al margen de los demás es vana y vacía. "Llama la atención que aun quienes aparentemente poseen sólidas convicciones doctrinales y espirituales suelen caer en un estilo de vida que los lleva a aferrarse a seguridades económicas, o a espacios de poder y de gloria humana que se procuran por cualquier medio, en lugar de dar la vida por los demás en la misión. ¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!"(EG 80)

La fe exige comunidad y el mejor gesto comunitario es la entrega generosa y desinteresada por el otro: Nadie tiene un amor mayor que éste: que uno dé su vida por sus hermanos. (Cf. Jn15, 13).



1. En este contexto el término griego "Allelón" (los unos a los otros), usado con frecuencia en el Nuevo Testamento ayuda a comprender el alcance y las implicaciones de la preocupación por el otro. Estimando en más cada uno a los otros (Rom 12, 10), tener un mismo sentir los unos para con los otros ((Rom 12, 16), acogeos mutuamente (Rom 15, 17) , amonestaos mutuamente (Rom 15, 14), saludarse los unos a los otros con el beso santo (Rom 16,16), esperar los unos a los otros (1 Cor 11, 33), preocuparse lo mismo los unos de los otros (1Cor 12, 25), servirse por amor los unos a los otros (Gál 5, 13), ayudarse mutuamente a llevar las cargas (Gál 6,2), consolarse mutuamente (1 Tes 5, 11), edificarse los unos a los otros (1 Tes 5, 11), vivir en paz unos con otros (1 Tes 5, 13), hacer mutuamente el bien (1 Tes 5, 15), soportarse unos a otros por amor (Ef 4, 2) , ser bondadosos y compasivos unos con otros (Ef 4, 32), ser sumisos los unos a los otros (Ef 5, 21), en definitiva, amarse unos a otros (Jn 13,34; 15, 12.17; Rom 13,8; 1 Tes 4,9; 1Pe 1,22; 1 Jn 3, 11.23; 4, 7.11.12; 2 Jn 5).

2. SCHILLEBEECKX, Edward. Jesús. La historia de un viviente. Madrid. Trotta. 2010, p.140.

3. Cf. RATZINGER, Joseph. Benedicto XVI. Introducción al cristianismo. Salamanca. Sígueme. 2009, p. 211.